

La globalización sin leyes ha descarrilado

LLUÍS FOIX

LA VANGUARDIA, 17/09/2008

He consultado la tesis doctoral de Anne Norton sobre el filósofo Leo Strauss, "Leo Strauss and the politics of American Empire", para entrar en la mente de los que han construido la filosofía de los neoconservadores que está siendo derrotada en la política exterior y en las teorías sobre la prioridad del mercado sobre el Estado.

Leo Strauss era un judío que abandonó Alemania en 1938 y se instaló en Estados Unidos en la llamada Universidad del Exilio que dio cobijo a muchos intelectuales que huían del nazismo. Antes de su exilio escribió sobre Spinoza, Maimonides y sobre el célebre libro de Carl Schmidt, "El concepto de lo político". También estudió a Jenofonte, Platón, Maquiavelo y Aristóteles.

Era un hombre tímido que no se entretenía en resolver los problemas ordinarios de la vida. En la pared de su despacho colgaba una copia del aguafuerte de Durero que mostraba un conejo. Dijo a un estudiante que el conejo, sabiendo los peligros que le rodeaban, dormía con los ojos abiertos.

Leo Strauss hizo escuela. Los straussianos llegaron a formar parte de la inteligencia conservadora que fue penetrando en los más elevados niveles de la vida americana con distintas ópticas, pero siempre con la idea común de que el Estado debía adelgazarse para que los ciudadanos ocuparan gradualmente su lugar.

Las escuelas straussianas se hicieron fuertes en las universidades de Chicago, Harvard y Toronto. Muchos prominentes straussianos de la actual administración se graduaron en Harvard, un campus que provee muchos altos funcionarios y que se conoce como el trampolín para pasar del privilegio al poder.

Para muchos conservadores son considerados fundamentalistas de la derecha americana. Uno de sus más importantes representantes es Harry Jaffa dejó escrito que "la salvación de Occidente, si llega a producirse, ha de venir de Estados Unidos. La salvación de los Estados Unidos, si se llega a producirse, tiene que venir del Partido Republicano. La salvación del Partido Republicano, si llega a producirse, tiene que venir del partido conservador integrado en él".

El núcleo straussiano empezó a aterrizar en la administración Reagan. Siguió, con un perfil más modesto, en los dos mandatos de Hill Clinton y se apoderó de la actual administración tanto en la vertiente de la política exterior como en los grandes trazos de la economía.

La crisis financiera que sacude a Estados Unidos y a la globalización tiene mucho que ver con el pensamiento de Leo Strauss que invocaba que el mejor gobierno es menos gobierno. Lo decía Reagan en los años ochenta y lo ha incorporado en su política exterior y económica el actual presidente Bush.

Las consecuencias de la crisis serán las que sean para Estados Unidos y para el resto del mundo globalizado. Pero la doctrina straussiana tardará tiempo en recomponerse después del fiasco de la política exterior después de los atentados del 11 de septiembre y tras la crisis financiera

que ha obligado a la administración a intervenir en las bancarrotas, quiebras, escándalos y trampas corruptas de los que actuaron libremente sin reglas, sin Estado, pensando en el lucro personal de una minoría para acabar corroborando desde dentro que el sistema capitalista sin límites se está desmoronando por si solo.

Si hubiera de encontrar un aspecto positivo de esta crisis de consecuencias inciertas es que incluso el capitalismo más desenfrenado necesita de unas reglas mínimas para no autodestruirse.

El problema más inquietante del grave momento que vivimos es que el mundo financiero, en Estados Unidos y en el resto del mundo, ha actuado como si todo fuera permitido, como si no existieran normas jurídicas, un mundo de espabilados a costa de millones y millones de ciudadanos normales.

Vuelve el Estado para proteger a los más débiles y frenar los abusos de cuantos pensaron que se podía hacer todo en un mundo sin leyes y sin ropaje jurídico. Los nombres de Keynes y Roosevelt, del partido laborista de los años cuarenta, de la socialdemocracia alemana y de la democracia cristiana europea, vuelven a asomar en el horizonte.

La globalización necesita un marco legal que proteja a los individuos frente a los abusos de las grandes multinacionales que no tienen caras visibles, que se van y vuelven según sus conveniencias, que ignoran las legislaciones nacionales en aras de la productividad y de la cuenta de resultados.

Al margen de la cara más fea de esta crisis global, será preciso volver al derecho, a la ley, a la protección de la sociedad en su conjunto. McCain lo tiene más difícil pero no imposible. Al igual que Obama. Ninguno de ellos tiene recetas para cambiar una filosofía política que se ha instalado en Washington desde hace más de veinte años.